

María Madre. Año A

Lectio divina sobre Lc 2,16-21

El evangelio hoy relata dos sucesos diferentes en los que la maternidad de María sirve de marco a afirmaciones sobre su hijo Jesús: los pastores encuentran al Mesías donde, y cuando, se toparon con María; no importa que fuera un pesebre el lugar donde reposaba el niño. Gente sencilla y vigilante, como los pastores, no se escandaliza de ver a su Salvador esperado en un sitio semejante y con tal compañía. Una vez reconocido por quien puede aún maravillarse ante un Dios semejante, el niño es circuncidado: entra así a ser parte integrante del pueblo que ha de salvar y recibe un nombre que es sinónimo de su función; con la imposición del nombre María sigue realizando su vocación (Lc 1,31): dar nombre a su hijo es aceptar la misión que Dios había pensado para él.

En aquel tiempo ¹⁶los pastores fueron corriendo y encontraron a María y a José y al niño acostado en el pesebre. ¹⁷Al verlo, les contaron lo que les habían dicho de aquel niño.

¹⁸Todos los que lo oían se admiraban de lo que decían los pastores. ¹⁹Y María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón.

²⁰Los pastores se volvieron dando gloria y alabanza a Dios por lo que habían visto y oído; todo como les habían dicho.

²¹Al cumplirse los ocho días, tocaba circuncidar al niño, y le pusieron por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes de su concepción.

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

En Lc 2 el protagonismo de María, sin ser central, es mayor que en Lc 1. Los sucesos recordados son también menos portentosos, más cercanos a la realidad cotidiana, situados dentro de la historia mundial (Lc 2,1-5), como lo es la crónica del nacimiento de Jesús (Lc 2,1-20), un relato que levanta acta de la obediencia consumada de María: María ha 'cumplido' con Dios, dando a luz a Jesús. Con todo, y es harto curioso, no es la madre de Jesús la protagonista en la crónica del alumbramiento. María aparece sólo al principio (Lc 2,5-7) y al final (Lc 2,16-19).

Nuestro texto (Lc 2,16-21) es parte, la tercera, del relato del nacimiento de Jesús. Al nacimiento en Belén (Lc 2,1-7) le ha seguido el anuncio angélico a los pastores (Lc 2,8-14), que constatan lo sucedido y testimonian su alcance (Lc 2,15-20) al encontrarse con el niño, como se les había dicho (Lc 2,12.16). Tras el anuncio los pastores dejan de ser simples oyentes. Sin dudar sobre lo escuchado, se animan unos a otros para comprobar lo sucedido. Como María, descubren en la revelación una tarea inmediata; y mientras los ángeles vuelven a su mundo (Lc 1,38), ellos parten para Belén (Lc 2,15). Los pastores quieren ver lo que se les ha sido proclamado. Sin dilación, como se ha de seguir las indicaciones de Dios (Lc 1,39; 19,5.6), marchan al encuentro de lo anunciado; no buscan algo desconocido, siguen una indicación precisa. Pero no se toparon sólo con lo que se les predijo (Lc 2,12; cf 1 Sam 10,1-2): al recién nacido le rodea una familia (Lc 2,16), en la que se destaca, contra toda lógica, a María (Lc 2,7.19.34-35.48.51). Semejante mesías, por Dios identificado, resultaría inimaginable..., pero no para gente sencilla.

Comprobada la veracidad de lo anunciado (Lc 2,17), se convierten en anunciadores: ¡la familia de Dios es evangelizada por unos pastores (Lc 2,18)! Quienes fueron iluminados por la gloria de Dios llevan esa luz a donde mora la familia de Dios. La reacción general es de sorpresa: todos, beneficiarios de lo sucedido, se maravillan (Lc 1,63; 2,33; 8,25; 9,43). El relato se centra en María, señalando su reacción (Lc 2,19); conserva lo acontecido meditándolo en el corazón; no rechaza lo que no comprende, soporta lo que no alcanza a entender; en su interior, intenta poner en orden, encontrar una lógica. En lugar de quedarse simplemente admirada, sorprendida por su Dios, busca entrar en el misterio, activa la inteligencia del corazón. Sigue siendo la suya una postura de fe (Lc 1,45) y, sin duda, ahora mayor que la primera vez; tiene que dejarse decir por unos extraños el sentido del acontecimiento que está protagonizando. Antes de la concepción, tuvo a un enviado de Dios; tras el alumbramiento, cumplida la misión, se le envían unos hombres; la evangelizada por Dios para ser madre, es evangelizada por unos pastores tras serlo. A mayor familiaridad con Dios, menor cercanía de Él experimenta.

Los pastores regresan a sus labores alabando a Dios; lo anunciado y visto les ha convertido a la adoración y al testimonio (Lc 2,20); son ya como ángeles para Dios (Lc 2,13). Fueron evangelizados, por medio de la escucha y la visión; se les impuso un esfuerzo de obediencia, que les lleva ahora a la glorificación de su Dios obedecido, porque cumple lo que anuncia y deja ver la salvación a quien le cree. Vuelven los pastores al anonimato y a la noche, a la vigilia y al trabajo; pero su experiencia y su testimonio no se han perdido. Vive en el corazón de María y vivirá en el seno de la comunidad cristiana por siempre; a ella le corresponde la vigilia, primero, y la evangelización, después.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

No había apenas acostado en el pesebre al hijo recién parido, cuando tiene que oír de boca de unos extraños el evangelio (Lc 2,7.10-12); y mientras los pastores retornan a sus casas glorificando a Dios, María se queda, admirada ante lo ocurrido, meditándolo en su corazón (Lc 2,19-20). Bien podría María haberse imaginado que su camino de fe iba a quedar culminado tras el nacimiento de Jesús: sólo eso le fue anunciado, únicamente para ello se había declarado dispuesta (Lc 1,38). Pero no fue así: alumbrar a Jesús entenebreció su vida (Lc 2,19).

Como cualquier creyente, como cualquier de nosotros que quiera creer, María hubo de *pasar por el corazón* cuanto veía y vivía junto a su hijo, el Hijo de Dios (Lc 2,19.51). María, bendita mujer que había logrado tener en su vientre a Dios (Lc 1,42), madre bienaventurada por haberle creído (Lc 1,45), tendrá que convertirse en silencioso testigo y atenta oyente cuando tuvo ante sí, de carne y hueso, al Dios que ella había concebido. El contacto diario con el Dios a quien había dado vida hizo de ella, sin duda alguna, una experta en Dios: la obligó a contemplarlo en la vida diaria.

A quien se sabía *madre del Señor* tenía que resultar chocante, por lo menos, que el nacimiento de Dios pasara tan desapercibido: sólo unos pastores del entorno, que estaban de vigilia aquella noche, conocieron la gran alegría (Lc 2,10-11); gente poco fiable, que trabajaba de noche, fue la escogida para recibir el evangelio, mientras el pueblo dormía. Que Dios eligiera a unos pastores, y no a su propia familia, para desvelar al mundo lo que había ocurrido, el nacimiento del salvador, descubre un comportamiento típico suyo: privilegiar a quien se sabe pobre o pequeño. Sólo los pobres pueden reconocer en la pobreza de un pesebre y en la soledad de unos padres – ése fue la señal que les dieron – sin hogar la presencia de Dios en la tierra (Lc 2,13): *inventar a Dios*, descubriéndolo en un niño recién nacido, es hazaña de pastores vigilantes, es decir, de quien, conociendo su incapacidad y pobreza, no se escandalizan de un Dios tan pequeño e insignificante. Hace falta, en efecto, mucha fe para no avergonzarse de un Dios *niño en un pesebre*. ¿Tenemos algo nosotros de esa credulidad de pobres pastores, que han de velar por si Dios nace otra vez mientras los demás duermen? ¿Tenemos nosotros esa fe de madre, que, cuando nada entiende de cuanto ve, lo mantiene en su corazón?

Tendría que maravillarnos, como a María, que los oyentes primeros y los primeros testigos del nacimiento de Jesús fueran unos pastores: Dios escoge como portavoces de su alegría y para descubridores de su Hijo a personas que encontró vigilando en la noche. A ellos les confió su mensaje y la tarea de identificar a Dios; fueron ellos quienes oyeron a los ángeles y su canto: la gloria de Dios en el cielo y la paz entre los hombres estaba asegurada en ese recién nacido. Y los pobres, que poco tienen y nada que perder, pudieron apostar todo por ese increíble Dios: *vayamos hasta Belén, se dijeron, y veamos lo que ha sucedido* (Lc 2,15). Y no se arrepintieron: *encontraron a María y al niño* (Lc 2,16). El Dios que alumbró María, el que está donde se encuentre María, es un Dios pequeño; la gran alegría del que se fía de Dios es encontrarse a María y, con ella, a un Dios a su altura.

Los pastores *dieron a conocer lo que se les había dicho* (Lc 2,17): evangelizados, se convirtieron en evangelizadores. Y cuantos los escuchaban, no salían de su asombro y glorificaban a Dios. Del temor pasaron a la fe, de la escucha del mensaje angélico a su testimonio; y su proclamación les llevó a la oración. Aquí tenemos, recorrido, todo un camino de fe: ¡ojalá lo tomáramos hoy como quehacer; al final nos encontraríamos, como los pastores, con Dios, hecho accesible a nuestra pequeñez, y con María, su madre!. Y es que el auténtico creyente, precisamente por ser pobre, es obediente; y por hacer cuanto se le dice, fácilmente alaba a su Señor (Lc 2,20). Quien haya encontrado a Dios en el regazo de María, aunque sea una sola vez, se convierte en orante agradecido siempre y encantado de tener un Dios niño. Como aquellos pastores.

Y mientras tanto, no lo olvidemos, la madre *guardaba todo meditándolo en su corazón* (Lc 2,19). Ante el misterio de Dios, un Dios que nace en la pobreza, un Dios al alcance de los más sencillos, un Dios que se encuentra donde se encuentra María, no cabe más remedio que adoptar *la postura de su madre*: mirarlo todo con cariño y guardarlo con atención; callarse, rendidos antes la grandeza de un Dios tan pequeño, y dejar que hable sólo el corazón.

Si presenciáramos cuanto acontece en nuestra vida, a nuestro alrededor, por nimio e insignificante, con la actitud de María, no tardaríamos a descubrir a Dios y a Ella, como hicieron los pastores. No podemos, como María, dar vida y sangre a Dios; pero, al menos, podemos atrevernos a mirarlo y adorarlo con el corazón: es así conseguiremos llevarlo en nuestro interior, en nuestra vida. Contemplar a Dios en el corazón del mundo y guardar lo contemplado en nuestro corazón no haría familia de Dios, creyentes pacificados. Que María, experta en Dios, acompañe nuestro esfuerzo de contemplación durante este año.